DE ALGUNOS HECHOS, SUCESOS, ANÉCDOTAS Y OTRAS NOTICIAS RELACIONADAS CON LA CIUDAD DE ECIJA, ENCONTRADAS EN LAS HEMEROTECAS ESPAÑOLAS.

(Capítulo XLIX)

Abril 2018
Ramón Freire Gálvez

Después del paréntesis biográfico a que se refería el capítulo anterior, retomo las noticias y esta que viene es curiosa. Pero antes de traerla a este, les voy a contar una anécdota. Mi padre, cuando llegaban las ferias de Écija, le hacía mucha ilusión y a nosotros, sus muchos hijos, también, pues recuerdo nos llevaba al circo que, cada año, se instalaba en la feria. Mi padre, me enteré muchos años después, compraba entradas en primera fila porque uno de los *rifaores* que, en los intermedios, sorteaban premios, era Rafael "*El Pinelo*", amigo y vecino del barrio (la verdad es que a mi hermana María del Carmen, la única niña en aquellos años, le tocaba siempre una muñeca, sería suerte, ¿digo yo?

Pues bien, cuando los montadores instalaban la jaula circular donde los leones y demás animales circenses harían los números, nosotros estábamos ansiosos que saliesen, sobre todo los leones, porque los íbamos a ver muy cerca, pero en una de las funciones, uno de los leones, de grande melena rubia, se orilló a un lateral de la jaula circular, muy cerca de nosotros, levantó su patita y echó, dicho sea en términos coloquiales, una "meada", que a mi padre le cayó sobre el pantalón.

Aquello no era un padre, era una persona que, de no existir la jaula, se hubiese comido al león y al domador, por cierto este le pidió disculpas, pero entonces como no había seguros de responsabilidad en esos temas, fue mi madre la que, en casa, tuvo que limpiar la micción del rey de la selva.

Voy con la noticia que aparece en ***La Vanguardia Española, del miércoles 20 de Mayo de 1970*** y dice así:

"NIÑO HERIDO POR UN LEON. Écija (Sevilla) 19. El zarpazo de un león produjo heridas diversas al niño de 9 años Francisco González del Corral Martín. Se produjo el accidente cuando el pequeño se acercó demasiado a la jaula de un león, que era exhibido en el Zoo, de un circo ambulante instalado en esta ciudad. Cifra".

Sigo con un homenaje de recuerdo a dos personas, que los Jueves Santos de cada año, dejaron una huella indeleble en dos de las cofradías ecijanas que realizan su peregrinar dicho día de nuestra Semana Santa. Los dos, Antonio de nombre, uno Antonio Armesto Hidalgo, conocido por "*El Ciego de la Solita*", otro Antonio Garfias Rodríguez, aquel su devoción al Cristo de

Confalón, este al Cristo de la Sangre; aquel en la plaza de Puerta Cerrada, este en la Plaza de Colón; en ambos un mismo sentimiento cristiano hacia distintas advocaciones, pero los dos dejaron huella como decía en la Écija Cofrade.

El primero, fallecido el año de 1953, era digno de escuchar en Puerta Cerrada, a la altura de La Grillera, cantarle saetas al Cristo de Confalón. El segundo, poeta de altura, fallecido en 1954, fue autor del primer poema al Cristo de la Sangre, titulado "Sangre, Sangre, Sangre", escrito en una hoja de cuaderno que guardaba mi buen maestro y amigo Juan Antonio Gamero Soria y que tuve la dicha de recibir una copia del mismo, como regalo personal que me hizo.

Pues de ambos ecijanos, el gran poeta Manolo Mora, en su sección titulada "*Anguld*", dejó escrito su reconocimiento hacia ambos Antonio, en un artículo que he recuperado, del ***Semanario Écija del 1 de Marzo de 1966***, cuando ya los dos habían fallecido y decía así:

"Pareja de Antonios idos. Ahora, cuando una especie de almendritos bellos y recién plantados en nuestras ajardinadas plazas, nos ofrecen con su flor el anuncio de una primavera de incienso y de mantillas, porque una Semana Santa nos llega con ella, viene a nuestro recuerdo las entrañables figuras de dos amigos idos.

Personalidad, recio y puro poema en su alma dolida, a cuestas siempre con el verso y el abrazo. Antonio Garfias (a quien corresponde la foto adjuntada), se nos aparecía cualquier Jueves Santo por "Colón", con la emoción de su plegaria en décimas, mirando y casi cantándole al Cristo de la Sangre; algún gitano de Zamoranos le había ofrecido una copa y él, alisándose sus cabellos brillando a la luna, con quiebros de cante grande, decía sus estrofas bellísimas, sentidas, emocionantes, que hablaban de bronces y agonías, de galopes de redención de amor entre los hombres.

Otro Antonio de nuestras Semanas Santas idas, era el Ciego Armesto, con sus ojos de nubes y su pañuelo temblando en el viento de Puerto Cerrada, con sus saetas únicas, encorvado en un balcón cualquiera, con el brazo en el cuello de un cicerone amigo, hablándole al Cristo de Confalón por seguirillas que fabricaban y rompían un silencio, por los yunques dormidos y las esperanzas de libertad de los quincenarios cantores de perdón.

Un mucho de arte y de bohemia, de sensibilidad, de popular admiración, de romance permanente, la de estos dos amigos, figuras señeras en nuestras Semanas Santas de los años treinta, que hoy repasando nuestros afectos vencidos por la vida, viene a nuestra memoria, como una oración y un homenaje, en las vísperas del paso ante nosotros de nuestros Cristos y Dolorosas, a los que ellos volcaban todos los años de su arte y su pasión, su devoción y su esperanza".

Voy ahora con una triste y dolorosa noticia. Yo escuchaba en la adolescencia de mi barrio, en ocasiones, que una persona había fallecido de pena. Difícil a mi edad era comprender aquello, aunque ahora, con el paso de los años y la falta de algún que otro familiar, reconozca que un vacío muy hondo es el que se te queda en el alma, cuando un ser querido se marcha de esta vida terrenal.

Pues al hilo de ello, encuentro una noticia publicada en ***La Vanguardia Española del jueves 24 de diciembre de 1970***, que la recogió así:

"PERECE DE PENA POR LA MUERTE DE SU HERMANO. Écija (Sevilla) 23. Una joven de esta localidad ha fallecido sin causa aparente que la justifique, pocos días después de que el cadáver de su hermano llegara a esta ciudad, para recibir en su cementerio cristiana sepultura.

La angustia en que quedó sumida la muchacha tras el entierro de su hermano y el hecho de que ella no sufriera enfermedad alguna que explicara su muerte, son circunstancias que parecen indicar que fue la pena la que motivó su triste desenlace.

El trance angustioso comenzó para María Torres Carrillo, de 32 años de edad, a raíz del pasado día 19, cuando llegó a esta localidad el féretro en el que reposaban los restos de su hermano Francisco, fallecido dos días antes en accidente laboral ocurrido en Bilbao, donde trabajaba como obrero metalúrgico.

Tras el sepelio de Francisco Torres, su hermana cayó en un completo mutismo e inapetencia total, provocada por la impresión causada por el triste suceso. Según la opinión de cuantos la conocían y compartieron con ella los últimos días, ha sido esta honda impresión, la que finalmente ha determinado también su fallecimiento".

En Écija, y supongo que en todos sitios, ha ocurrido de todo, si bien nuestra Ciudad, por la cantidad de habitantes que tenía, era más dada a que ocurrieran hechos de distinta tipología. Siguiendo con ***La Vanguardia Española***, en esta ocasión del ***jueves 4 de Enero de 1906***, recojo la siguiente:

"Fuga de presos. Écija. Los presos de esta cárcel hicieron un escalo en el muro hasta un patio, descolgándose luego y consiguiendo fugarse. Para el escalo parece que se valieron de una lima pequeña, facilitándoles la circunstancia de ser el muro de tierra. Los fugados son seis y están encausados. Dos de ellos son reincidentes. Se han dictado las órdenes oportunas para la captura".

Quiero recordar que en dos capítulos, publicados con anterioridad al presente, incluía noticias relacionadas con un perro mastín, llamado *"Curro"*, que había merecido, por su actitud con los niños ecijanos, ocupar un espacio dentro de los periódicos españoles. Buscando en mi archivo particular, encuentro ahora lo que añoraba al hilo de aquellas noticias, un artículo dedicado a dicho can, que mereció ser portada del semanario de información

local ***Écija, del 22 de diciembre de 1956***, al que acompañaba una fotografía, que es la misma que inserto en este lugar. En definitiva, creo que merece la pena recordarlo y por eso lo traigo para ustedes. Decía así:

"¡Ha muerto *"Curro"*!

A Pepe Fabre, con afecto.

¡Si señores! ¡Ha muerto "*Curro*"! Y aunque parezca que no, ha caído tan honda la noticia, que no he tenido más que remedio que reflejárosla, para que la conozcáis.

"Curro" fue en nuestra Ciudad, lo apolítico, lo ingenuo, aquello, o mejor dicho, aquel ser querido por todos: Ricos y pobres, chicos y grandes. Con todos fue siempre amable y su nobleza sirvió de ejemplo a la que preconiza a nuestro pueblo.

¿Quién no acarició su blando lomo? ¿Quién, pese a las fatigas de la vida, no le dio un simple mendrugo o reservó los más grandes huesos, residuos del día de la fiesta o de la amistosa reunión?

"Curro", el amigo de los niños

Creo que nadie, por muy poco adicto que fuera a los animales, dejó de apreciar a *"Curro"*, el hermoso perro de terranova, que al ser separado forzosamente de su dueño, aquel joven risueño, que una mañana cuando corría con su moto, voló de la tierra al cielo, quedó en herencia de todos, deambulando lentamente por nuestras calles, enhiesto, de casa en casa, como si fiel a la memoria del amo perdido, quisiera descubrir su paradero, no habiendo marmóreo portal, ni acera soleada, que no degustara las tibias caricias de sus negras lanas, ni calle que no sintiera el suave contacto de su enorme cuerpo.

Los niños lo acariciaban, lo halagaban y él con triste mirada lejana, sombría, los dejaba que jugaran y hasta que subieran en su blanda grupa, sin osar a moverse, como si temiera que el que se subía al suelo cayera… y luego, cuando el pequeñín de paso inseguro, se acercaba ufano, comiéndose el pan con gran diplomacia… despacio… suave… de la tierna mano, lento, lo arrancaba… y el niño reía… con risa de ángel que ayuda al amigo.

Jamás mordió a nadie, ni a nadie dañó y si por las noches al cerrar las puertas de ciertas moradas, comprendía que estorbaba, ágil se levantaba, e iba calle arriba con rumbo inseguro, pensativo, errante, por todos los sitios que su pobre amito con él frecuentara, como si esperara encontrarlo de presto regresando alegre del largo viaje…

Hoy *"Curro"*, aquel ser lanudo, simpático, querido de todos, ha desaparecido de nuestro lado, marchándose seguramente con su amito, para

continuar sus correrías nocturnas, sus gratas visitas, quedando de guardia en las puertas como ya hace años…

Y a nosotros los enamorados de nuestro pueblo, de nuestro clima, de nuestras miserias, de nuestras grandezas y hasta de nuestros perros, nos ha dejado, *"Curro"*, sumidos en un mar de confusiones, al conocer la noticia de tu muerte, que un pobre insensato te dio un día, llenándonos de lodo negro y nauseabundo pues indica que aún hay seres desprovistos de todo, hasta de un poco de sentimiento noble, para saber apreciar y respetar lo que nada molesta, lo que nada quebranta, y lo que por sí solo representaba la bondad y mansedumbre de nuestro pueblo.

Y a mí, pobre soñador, ebrio de estrellas, me ha hecho pensar muy hondo… y preguntarme… ¿Pensarán los perros? Y digo que sí. Hay que reconocerlo… Y ante tanta abnegación, fidelidad y cariño de ese pobre perro, comparado con la falsedad, envidia y olvido que hay en estos tiempos, tengo que exclamar: ¡Prefiero los perros! JOSE MARIA".

Doy un salto al siglo XIX donde Écija también fue noticia, consecuencia directa de una pelea con graves resultados entre dos individuos de esta Ciudad. Aparece la misma en ***La Vanguardia del día 1 de Octubre de 1898*** y dice así:

"RIÑAS. En Écija, dos corredores de ganado tuvieron una cuestión motivada por diferencias en el negocio que hacían.

De las palabras pasaron a vías de hecho y enarbolaron los palos que llevaban en las manos y con ellos se vapulearon hasta romperlos.

Al verse sin palos, cada uno echó mano de una pistola, cambiándose un disparo sin acertarse.

Sin embargo, creyendo sin duda uno de los corredores de ganado, que había muerto a su contrario, se disparó un tiro quedando en estado gravísimo".

Voy a terminar con una queja que afecta, de siempre, al patrimonio astigitano, pero no es una queja que haga ahora y que, por lo menos que yo sepa, la asociación Amigos de Écija, a la que tengo el honor de pertenecer, ha hecho en reiteradas ocasiones, es una queja que viene de antaño. A lo que voy, en el semanario Écija del día 1 de Marzo de 1966 (han pasado ya algunos años y el problema sigue latente en distintos lugares de la ciudad) publicaba el siguiente artículo:

"ESAS COSAS QUE PASAN. Las Costumbres. Cable por doquier.

Las costumbres hacen leyes. Las costumbres distinguen a los pueblos. Y eso está pasando en Écija, en que es de ley poner cables por todas partes y se nos distingue más por la ciudad de los cables que por la Ciudad de las Torres.

Écija, la monumental dieciochesca, la cuna del barroco andaluz, la blanca y luminosa novia del Genil, esa tacita de luz, callada y recogida como una humilde moza que por rubor esconde su belleza, está cuajada de alambres

aéreos que tejen y entretejen una enmarañosa red, para enjaular por encima el primor de su suelo fértil en la arquitectura.

Nuestra Écija se encuentra presa bajo esa tela de alambre, que le han puesto como techo. Y mírese para donde se mire, nuestra vista se encontrará siempre con ese tejido de cables, que parece labrado por una gigantesca araña que segrega fino metal.

Es lástima que aún no se hayan tomado medidas al respecto ni se haya confeccionado una ordenación urbana que controle y mengue esa anarquía en los tendidos de cables eléctricos, telefónicas y telegráficos.

Nos da pena llevar al visitante a cualquiera de nuestros bellísimos rincones, porque la belleza del lugar queda descompuesta por el capricho zigzagueante de tantos cables. Es como si a un cuadro de apacible belleza se le cruzara con brochazos de estridentes colores.

Écija quisiera romper estas ligaduras, salirse de la jaula en que la han metido, librarse de la tela metálica que le han puesto y mostrarse con toda su belleza y lozanía, con toda su fuerza artística, a los miles de turistas que están ya próximos a legar.

Écija está deseando de que se cambie la costumbre de poner por las arterias vitales de sus calles, esos nervios metálicos que tanto le afean".

Yo, como fotógrafo aficionado, lo he padecido en mis propias carnes, pues han sido cientos las fotografías que por culpa de este o aquel cable del tendido eléctrico o telefónico (telégrafo ya no existe), que pululan a diestro y siniestro sobre el cielo ecijano, que el monumento o momento fotografiado se ha visto enturbiado, de por vida, por alguno de esos dichos cablecitos. Una muestra son las propias fotografías que acompaño, concretamente cuando realicé, una, a la torre de Santa Ana, y, otra, a la de Santiago, ambas el año de 2005. Ojalá el artículo insertado y las continuas quejas, sirviendo esta como una más, consigan que el vuelo de nuestro azul cielo quede limpio e inmaculado.